

mento, que el primero se halla de este modo, porque así lo ecsige el quebranto de su salud.

Si hablamos de las especies de los brutos, es evidentísimo, que se diferencian notablemente las unas de las otras. Pero en esto mismo brilla la sabiduría y la providencia del autor de su ser; ya porque en la multitud de especies de brutos de diversos tamaños, de diversas formas, de diversas pieles, de diversos plumages, de diversos colores, y de otras diversas calidades específicas resplandece la fecundidad de ideas del entendimiento de su autor, y ya porque las necesidades del hombre, para quien fueron formados los brutos, ecsigen forzosamente esta diversidad. Necesita el hombre distinguir los animales que le son nocivos, para precaverse de ellos, y necesita tambien distinguir los que le son útiles para aprovecharse de ellos. De unos para el alimento, de otros para el vestido, de otros para la carga, de otros para caminar, de otros para la labranza de la tierra, de otros para la curacion de las enfermedades, y de otros para mil usos de la vida. Para esto es necesario que vea en ellos impreso un caracter de diversidad con-

que distinga á unos de otros. Esto mismo se debe decir de los árboles, de las plantas, de los metales, de las piedras y de los demás seres, para que el hombre pueda desechar ó elegir aquellos que sean convenientes á los fines á que quiera destinarlos.

PRUÉBASE LA ECSISTENCIA DE DIOS
por el consentimiento de todos los pueblos.

CONVERSACION SEPTIMA.



Clem. **C**oncluyámos con el argumento que se forma del consentimiento de todos los pueblos sobre la ecsistencia de Dios. Recorrámos con el pensamiento todo el universo, y hallaremos naciones y pueblos, que se diferencian y aun son contrarios en sus costumbres, en sus usos, en sus inclinaciones, en sus ejercicios, en sus idiomas, en sus leyes, en sus propiedades corporales como el color, las facciones y la estatura, y muchos apenas se distinguen entre sí en la fisonomía y figura de hombres; pero á todos los hallarás acordes en reconocer y confesar la ecsistencia de Dios.

Romanos, griegos, judios, asirios, etíopes, egipcios, caldeos, italianos, franceses, alemanes, ingleses, rusos, suecos, prusianos, úngaros, polacos, portugueses, españoles, turcos, persas, tártaros, chinos, peruanos, mexicanos, y, en fin, todas las naciones y todos los pueblos, en todos los siglos, han convenido en reconocer la ecsistencia de la divinidad.

Decia Plutarco á Colote filósofo epicureo: „Si caminares, por todo el orbe „hallarás ciudades sin letras, sin rey, „sin riquezas, sin teatros y sin academias; pero ninguno halló ni hallará ciudad sin templos, sin Dios, que no haga oracion, que no jure, que no consulte á los oráculos, y que no ofresca „sacrificio para conseguir los bienes, „y alejar los males; y antes tengo por „mas facil que se edifique una ciudad „sin suelo, que el que se constituya y „permanesca sin divinidad.”

Ciceron en el libro 2.^o de las leyes cap. 8 dice: No hay pueblo por intratable y feroz que sea, que ignore que deba tener Dios; aunque no sepa cual es el que ha de adorar. Hablando en otro lugar de la ecsistencia de Dios, y de la inmortalidad de la alma humana, Tus-

cul. libro 1.^o capitulo 13, dice: no hay hombre por bárbaro que sea, cuya mente no esté imbuida en la opinion de la divinidad::: Todos juzgan, que ecsiste la naturaleza divina. Esta opinion no se ha originado de convenio y consentimiento; ni se ha radicado por estatutos, ni leyes. El consentimiento de todos los hombres en toda materia, se debe reputar por ley de la naturaleza.

A los testimonios de estos dos ilustres escritores gentiles podria agregar otros innumerables de escritores tambien pagáanos. Aunque no considerémos á Moises como escritor divinamente inspirado, sino únicamente como el mas antiguo de los escritores, conformándose con la sentencia de todos los críticos; pues segun algunos ecsistió trescientos años. y segun otros, seiscientos antes de la guerra de Troya, por la relacion que hace de la creacion del mundo, se ve claramente, que desde el principio de este, los hombres reconocieron á Dios como á criador y gobernador del universo, y desde entónces comenzaron á darle adoracion y culto. Despues del diluvio general acontecido á los diez y seis siglos del nacimiento del mundo, Noé que se salvó de

este catástrofe, dejó á sus hijos con la sangre, la religion: estos se dispersaron ácia diversas partes del orbe: se empezó á poblar de nuevo la tierra: se formaron reinos en el Asia y fuera de ella; y en todos permanecia el conocimiento de Dios. Y aunque despues por la ignorancia, por las pasiones y corrupcion de los hombres, se introdujo la supersticion, los errores y la idolatría, en todas partes perseveró la persuacion de la ecsistencia de la divinidad. Esto mismo refieren los demas escritores, que nosotros llamámos sagrados, hablando de las marchas, transmigraciones, guerras y hechos de los hebreos; y por su comercio con las demas naciones nos manifiestan la religion y costumbres de ellas; y aunque por estas relaciones vemos grandes variaciones en el culto, hallámos á todos estos pueblos concordes en el reconocimiento y adoracion de la divinidad.

Pasando de los historiadores hebreos á los de otras naciones, se nos presentan los griegos, que aunque no fueron los mas antiguos, fueron los mas sábios. Entre ellos florecieron las artes, las ciencias y el comercio, con otros pueblos remotísimos, de cuyos usos, costumbres,

tradiciones y religion, adquirieron estensas noticias, y de quienes recogieron los monumentos de su mayor antigüedad, adelantando sus investigaciones y descubrimientos hasta los dos períodos de tiempo, que Varrón llama obscuro y fabuloso. Por relaciones de estos historiadores entre los que es el primero Herodoto, sabemos el origen de los imperios, de los reinos, de las repúblicas, sus fundadores, sus príncipes, sus leyes, sus guerras y sus hechos ilustres; y vemos por todo esto, que todos los pueblos han reconocido la ecsistencia de la divinidad, y que este conocimiento y el culto, han permanecido á pesar de los trastornos horrorosos y mutaciones extraordinarias que han padecido en todo lo demás.

Con los historiadores griegos convienen en esto los latinos, que hablan no solamente del culto de Roma, sino tambien de otros pueblos remotísimos, feroces y bárbaros, á donde penetraron las armas romanas; como se puede ver en César y en Tácito.

Tambien por las obras de los poetas nos debémos convencer del consentimiento de todas las naciones acerca

de la ecsistencia de Dios. Esto se ve claramente en Homero, poeta antiquísimo y el mas sábio de todos los poetas, en Hesiodo su contemporáneo ó poco posterior, en Ovidio, en Virgilio y otros que hablan de los sucesos y de la religion de pueblos muy remotos y muy antiguos.

Sever. Ningun aprecio merecen las relaciones de los poetas sobre la materia; porque ellos las mezclaron con fábulas tan ridículas y tan extravagantes acerca de la genealogía y hechos de los dioses, que si las hubieramos de admitir, nos veriamos precisados á reconocer por divinidades una multitud asombrosa de monstruos.

Clem. Aunque los poetas hayan mezclado tales relaciones con fábulas extravagantes, no se infiere de esto que los pueblos de que hablan, no hayan admitido la ecsistencia de la divinidad, sino todo lo contrario. Mi proposicion es esta: todos los pueblos, en todos los tiempos han convenido en la ecsistencia de la divinidad, y así aunque acerca de ella hayan tenido mil supersticiones y errores, y aunque los poetas hayan mezclado miles de fábulas acerca de la religion de esos pueblos de que hacen mencion, se infie-

re claramente que tales pueblos han reconocido la ecsistencia de la divinidad, que es lo que hace á mi intento, y para lo que cito el testimonio de los poetas, y no para que se les crea cuanto dicen.

Esto se confirma con la autoridad de Lucrecio, que como ateista es nada sospecho en la materia. Este elogiando á su maestro Epicuro, lib. 3. dice: que teniendo todos los hombres religion, su maestro fué el primero que sacudió el yugo de ella, y le declaró la guerra. Por las obras que nos han quedado de los filósofos mas ilustres podemos inferir, que ellos reconocieron la ecsistencia de Dios; y por los antiguos monumentos que citan Laercio, Ciceron, Plutarco y otros, consta, que algunos pocos que no tenian religion, eran llamados atéos, eran abominados como monstruos, y eran quitados de enmedio como enemigos de la naturaleza. Sócrates, segun se dice comunemente, reconoció la unidad de Dios, y los jueces calificándolo de ateista, porque no admitia la multitud de sus dioses, lo condenaron á muerte, que sufrió bebiendo un vaso de veneno. Anaxágoras, llamado á juicio por Cleón,

por despreciador del dios pátrio, aunque él sentía bien de la divinidad, como escribe Plutarco, fué multado en cincuenta talentos, y condenado á destierro. Protágoras habiendo compuesto un libro, en que parecía que dudaba de la ecsistencia de la divinidad, fué arrojado de su pátria por los atenieses, y su libro fué entregado públicamente á las llamas.

Por último, con innumerables escritos y monumentos de la antigüedad mas remota, se prueba evidentemente el consentimiento de todos los pueblos en todos los siglos sobre la ecsistencia de la divinidad.

Sever. Aunque es cierto que las naciones mas cultas y mas célebres confesaron la ecsistencia de Dios, no es cierto que todas generalmente la reconocieron. Cotta, filósofo antiguo, citado por Ciceron, lib. 1. de la naturaleza de los dioses cap. 23 dice: *Juzgo, á la verdad, que hay muchas naciones tan bárbaras, que no tienen ni aun sospecha acerca de la ecsistencia de la divinidad;* luego no es universal el consentimiento de las naciones sobre este asunto.

Clem. Primeramente digo: que este sofista académico no nombra ni una region,

ni un pueblo siquiera en que esto se verifique; ni cita testimonio, ni autoridad alguna para probar su proposicion. En segundo lugar digo: que el mismo Cicerón, hombre de mayor crédito que Cotta en la república literaria, afirma lo contrario en muchos lugares, de los cuales citaré uno, lib. 2. de la misma obra. Dice pues: *es una persuacion innata y que está como esculpida en el ánimo de todos el que hay dioses: cuales sean, en esto hay variedad: que los haya, ninguno lo niega.* Lo mismo asegura Eliano lib. 2. De varias historias. Aristóteles citado por Mácsimo Tirio, y lo que es mas, Luciano, enemigo acérrimo de toda religion, disputando con Timocles en el diálogo llamado, *Jupiter Tragedus*, núm. 42 viene á concederle tácitamente el argumento que este le hace, á favor del culto de la divinidad, con el consentimiento de todos los pueblos.

Sever. Consta por las relaciones de algunos viageros, que en algunas islas junto á las Mólucas, y en otras partes de la América y de la Africa, no reconocen la ecsistencia de la divinidad.

Clem. Es digno de admiracion el que los ateistas que tanto se glorían de estar adornados de grande ingenio, y de po-

ser una vasta erudicion, para quererse librar de la fuerza del argumento que se les hace en defensa de la divinidad, con el consentimiento de todos los pueblos, se vean precisados á investigar lo que pasa en algunos rincones miserables del mundo. Aun cuando fueran verdaderas las relaciones de esos viajeros, con ellas no puedes destruir ni aun debilitar la verdad de mi proposicion: porque aun supuesta la verdad de esas relaciones, ese cortísimo número de hombres salvages que viven en los bosques á manera de fieras, se debe reputar como nada, comparado con todos los pueblos, especialmente los mas cultos, mas civilizados y sábios de todos los tiempos.

Pero te contestaré mas directamente. Segun la narracion de personas que han vivido mucho tiempo en esas regiones de que hablas, que conocieron el idioma y las costumbres de esos hombres bárbaros, consta, que estos reconocen la ecsistencia de Dios. Algunos escritores citan testimonios muy graves, para vindicar de la nota de ateistas á estos hombres. Juan Alberto Fabricio en la apologia del género humano contra la acusacion del ateismo;

Grocio en su libro entretenimientos sobre muchas materias de la historia; Stillingfeto en su libro, orígenes sácos, prueban eficazmente, que los pueblos del Canadá, de las Antillas, del Brasil, de China, de Cuba, de la nueva Inglaterra, del Paraguay, y otros de la Africa, como los Cáfres y los del Madagascar, han sido calumniados con el nombre de ateistas por algunos viajeros, ó maliciosos, ó ignorantes, ó ligeros en formar congeturas contra estas gentes, por su aspecto deforme, por su barbárie, y por su modo de vivir, casi de brutos; y Kolbeno, que vivió diez años en los pueblos bárbaros de la Africa, en la descripcion del capítulo de Buena-esperanza dice: que pudo averiguar que los moradores de estos pueblos creen que hay un Dios supremo criador y Señor del universo, y que están persuadidos de la inmortalidad de la alma humana.

Muchos varones eruditos y prudentes, ecsaminando esas relaciones de los viajeros, han quedado convencidos de su falsedad; de modo que bien podemos llamarlas unos meros romances. Finalmente, consta por las historias de esta América septentrional, que en to-

dos los lugares de estas vastas regiones á donde penetraron los conquistadores, hallaron estos culto religioso: lo que prueba evidentemente que reconocían la ecsistencia de la divinidad; y por un argumento de analogía podemos asegurar lo mismo de los demás lugares incógnitos de esta América, y de la meridional, pues sus usos y costumbres son sustancialmente idénticas.

Sever. Todas las naciones admitieron multitud de dioses, y creyeron cosas ridículas, inicuas, é indignas de la divinidad. ¿Quién podrá contar el número de los dioses que adoraron los griegos y los romanos; la bajeza y abatimiento de las deidades de los Egipcios y otros pueblos; los vicios de un Júpiter adúltero, de una Venus lasciva, de un Baco ébrio, de un Marte vengativo, y así de otros muchísimos? De esto se deduce, que el consentimiento de todos los pueblos sobre la ecsistencia de Dios nada prueba, pues creyeron cosas indignísimas y ajenas de la divinidad; ó que si algo prueba, es que ecsiste una multitud de dioses viles é infames, pues sobre esto convinieron todas las naciones.

Clem. Este consentimiento de los pueblos

acerca de la pluralidad de dioses, es una prueba de que todos los pueblos han estado persuadidos de la ecsistencia de la divinidad: porque cuando se disputa sobre el número y propiedades de la cosa, es claro que los que disputan convienen en la ecsistencia de la cosa; luego si unos hombres defienden que hay un solo Dios, y que tiene estas ó las otras propiedades; y los demás sostienen que hay muchos dioses, y que estos tienen otras propiedades, es evidente que todos los hombres convienen en la ecsistencia de la divinidad. Conque por esta parte tu argumento es á mi favor; y ahora voy á manifestarte, que por la otra no es contra mí, respondiéndote directamente.

Este consentimiento de los pueblos acerca de la multitud de dioses, no ha sido perpétuo, ni universal, ni uniforme; y el consentimiento de las naciones sobre la ecsistencia de Dios ha sido perpetuo, universal y uniforme, en la idea general de la ecsistencia de la divinidad. Vamos por partes. Primeramente, ese consentimiento de la pluralidad de dioses no ha sido perpetuo. Este es un hecho, que puede constar

solamente ó por un testimonio histórico, ó por un monumento acreditado, ó por una tradicion verdadera: pues por ninguno de estos medios consta la perpetuidad del politeismo, y antes bien sabémos por la historia, que este tuvo origen muchos siglos despues de que el mundo ecsistia; y si no dime, ¿por donde consta esta perpetuidad?

Sever. Por el testimonio de Homero, y de Orfeo, poetas antiquísimos, que hablan de la idolatria como de una cosa ya entendida y arraigada en su tiempo. De esto se infiere, que ella venia de tiempos mas antiguos, y por lo mismo se puede deducir su perpetuidad.

Clem. Estos poetas hablan de los dioses que eran adorados en su tiempo; pero no dicen que siempre hubo estos dioses, y antes bien, por la relacion que hacen dichos poetas y otros muchos gentiles sobre la genealogía de estas falsas deidades, se viene en conocimiento de la época en que cada una de ellas tuvo su origen; por quanto la narracion de este origen va entretrejida con otros sucesos, á que los historiadores señalan su época; especialmente de aquellos dioses que fueron reyes, como Júpiter y Baco, de cuyo reinado se inferen otros

hechos, y tambien la cronología de sus sucesores: y así de la antigüedad de estos poetas, y de la mayor de la idolatria, solo se infiere, que esta era antiquísima; pero no que fué perpetua. Homero, segun la opinion de algunos escritores paganos, vivió quinientos años despues de la destruccion de Troya; segun otros, menos tiempo: y aun quando convengámos en que acompañó á Agamenon en la espedicion contra Troya, resulta, por los cálculos de Taciano y otros, que Homero ecsistió por los años tres mil del mundo. Orfeo vivió pocos años antes, segun el mismo Taciano, pues fué coetaneo de Hércules, padre de Tlepolemo, que acompañó á los griegos en la guerra contra los troyanos.

Asentado esto, digo: que supuesto que noijas época del nacimiento de la idolatria, ni dices el tiempo que fué necesario para su propagacion hasta la ecsistencia de este poeta, quiero concederte, que fueran quinientos ó mil años antes, cuyo espacio de tiempo es mas que suficiente para dicha propagacion y radicacion. De este dato resulta, que á los dos mil años de la creacion del mundo tuvo origen la idolatria; y en

este caso, ¿cómo puede ser perpetua, pues no ha existido en todo tiempo?

Sever. Voy á manifestarte, que la idolatría es mas antigua de lo que tú la supones; y de ahí se puede deducir su perpetuidad. Moises refiere en el capítulo 31 del Génesis, que Raquel robó los ídolos á su padre Laban al salir de su casa con su esposo Jacob. Este hecho, segun las notas cronológicas de Vitre, sucedió el año dos mil doscientos sesenta y cinco; desde este año hasta la muerte de Moises, corrieron doscientos ochenta y ocho años, pues dices que murió en el de dos mil quinientos cincuenta y tres, y desde esta época, hasta la ruina de Troya, en cuyo tiempo vivía Homero, pasaron novecientos años, segun Lactancio, escritor de crédito entre los cristianos: todo esto da la suma de un mil ciento ochenta y ocho años desde el robo de los ídolos, hasta la época de Homero; y si á esto se agrega el tiempo que corrió desde el nacimiento de la idolatría, hasta el hecho de Raquel, resulta, que el origen del politeísmo, antecedió á Homero mucho mas de mil años, y si vamos retrocediendo á los siglos anteriores, no hallaremos el ori-

gen de la idolatría; de lo que podemos deducir su perpetuidad.

Clem. Primeramente, debo acordarte la notable variedad de opiniones que hay en la cronología sagrada y profana, sobre la época de innumerables sucesos. De aquí es, que si Lactancio le da á Moises novecientos años de mayor antigüedad respecto de Homero, suponiendo que este vivió en el tiempo de la destrucción de Troya, lo cual ni afirma ni niega Lactancio, no faltan escritores que lo hacen quinientos años posterior á esta guerra. Taciano dice, que Moises vivió cuatrocientos años antes de Homero.

En segundo lugar, yo no tengo inconveniente en concederte que Moises fuese novecientos años mas antiguo que Homero; de lo que tú deduces mayor antigüedad de la idolatría. Tan lejos estoy de esto, que para que veas mi buena fe, convengo (segun lo que he averiguado) en que la idolatría es doscientos sesenta y cinco años mas antigua que el hecho de Raquel; pero no convengo en tu proposición, de que si vamos retrocediendo á los siglos anteriores no hallaremos la época de su origen. Yo sí la he hallado, segun la relacion de escritores muy

sábios y veraces. Estos dicen, que el autor de la idolatría fué Belo, primer rey de Babilonia; y que Nino su hijo y sucesor en el reino, le dedicó un templo, y le tributó honores de divinidad. Este Belo ó Baal, fué á quien los gentiles llamaron el Padre de los dioses, con el nombre de Júpiter; y entre muchas naciones tuvo varios nombres, que derivaron del primitivo llamandolo Bel, Belzebud, Belphegor, Baalim, Babbarit y Balsames.

Aunque no consta en que año introdujo Belo la idolatría, ni en cual Nino le edificó el templo, se sabe, que Belo murió el año doscientos cuarenta y nueve del diluvio; esto es, el año mil novecientos seis del mundo, y entónces empezó á reinar Nino. La relacion de estos hechos y de estas fechas, se halla en los escritos de autores que no te cito, por ser corrientes y comunes; pero si tu tienes algun documento que pruebe que la idolatría es mas antigua, manifiéstamelo, porque aunque algunos han opinado, que esta comenzó antes del diluvio, es solo por congeturas, y no asignan la época de su origen: siendo de advertir, que entre la creacion del mundo y el diluvio, hubo un espacio de mil seis-

cientos cincuenta y siete años; y así, aunque tu me probáras que la idolatría habia empezado cuatro ó seis siglos antes del diluvio, todavia queda entre esta época y la creacion del mundo, una estension de tiempo de mil años, y por consiguiente la idolatría no es perpetua; porque para esto era necesario que hubiera comenzado con el mundo ó poco tiempo despues. Y llevando el discurso con todo el rigor de una conferencia tan importante, para que tú me convencieras de que la idolatría habia sido *perpetua*, era preciso que probáras que es *eterna*; porque para ser perpetua, es necesario que sea de una misma edad que el mundo; y como en tu sistema, el mundo es eterno, era menester que la idolatría tambien fuera eterna.

Sever. Ya nos hemos detenido demasiado en este punto, pasémos al segundo.

Clem. La idolatría tampoco fué universal. Consta por la escritura divina, y aun por la historia profana, que la nacion judia no adoraba sino á un solo Dios, á quien llamaba el Dios de Israel, ó de Judá, el Dios de Abraham, de Isaac, y de Jacob.

Sever. Consta por la misma escritura que los

judios cayeron muchas veces en la idolatría; luego si las demás naciones eran idólatras, y la judaica lo era en algunas épocas, en estas mismas épocas el politeísmo era universal.

Clem. Tambien es manifesto por la escritura, que no toda la nacion incurrió en este crimen, pues los verdaderos israelitas seguian celebrando las fiestas, ejercitando las ceremonias de su antigua religion, y ofreciendo sus sacrificios al único Dios, á quien siempre habian adorado. Y despues de la cautividad de Babilonia, quedaron tan escarmentados de los castigos que habian sufrido por su idolatría, que jamás volvieron á caer en ella, á pesar de las persecuciones y opresion, que padecieron de los griegos, de los romanos y otros pueblos idólatras. A esto debo añadir, que aun en las naciones paganas se conservaba algun conocimiento de un solo Dios, á quien únicamente adoraban en otro tiempo. Esto se infiere de que entre la multitud de sus Dioses, reconocian uno supremo. Muchos de los sábios del paganismo daban á entender, que confesaban la ecsistencia de un solo Dios, pues quando hablaban de la divinidad usaban de la palabra Dios y no

dioses. Esto se manifiesta mas claramente con el hecho de burlarse en lo privado, y aun en sus escritos, de la multitud de los dioses; y algunos asentaron espresamente la unidad de Dios, como Sofocles, Euripides, y Menandro entre los poetas, y por eso eran llamados atéos: y entre los filósofos lo significaron bastantemente Pitágoras, Platon, Aristóteles, y con especialidad Sócrates. Restame por último manifestar, que la idolatría no era uniforme. Este es un hecho tan evidente por la tradicion y por los escritos, aun de los mismos gentiles, que no necesita de prueba. Mas, con todo eso, daré la siguiente. Aunque es cierto, que algunos pueblos solian convenir en adorar, ya á esta, y ya á la otra deidad, en lo general era tanta la discordancia de las naciones en reconocer á las falsas divinidades, que cada nacion, cada ciudad, cada lugar, cada familia y aun cada casa, tenia sus dioses particulares, diversos de los que eran adorados en otras partes.

Concluyo mi respuesta, diciendo en compendio: que si la persuacion de la ecsistencia de la divinidad ha sido perpetua, universal y uniforme, en orden á los atri-

butos propios de ella, como son la sabiduría, el poder, la justicia &c., y la persuacion de la ecsistencia de muchos dioses, no ha sido ni perpetua, ni universal, ni uniforme: es muy notable la diferencia que hay entre uno y otro caso. La primera persuacion tiene todos los caractéres de voz de la naturaleza, como la llama Ciceron; y esta voz nunca engaña, sino que siempre dice la verdad; y la segunda no tiene estos caractéres, y por lo mismo de la primera debémos inferir la ecsistencia de Dios; y de la segunda no debémos inferir la ecsistencia de muchos dioses.

Confirмо mi respuesta con este discurso breve y claro. De que muchos hombres yerren en la eleccion del Dios que deben adorar, no se infiere que yerren en la persuacion de que hay Dios, que deben adorar. Por ejemplo. Todos los hombres padecen la necesidad de comer, y están persuadidos de que hay alimento con que socorrer esta necesidad; pero si uno ó muchos en lugar de tomar el alimento provechoso, toman el nocivo, de aquí no se infiere, que estos erraron en creer que hay alimento provechoso; sino que erraron en la eleccion del alimento. Otro simil. To-

dos los hombres están persuadidos de que nacieron para la felicidad; y, con todo, ¡cuantos errores no ha habido sobre esto, especialmente entre los filósofos, que unos quisieron que consistiera en la salud corporal, otros en las riquezas, otros en los honóres, otros en los placeres sensuales, otros en la buena fama, y otros en la sabiduría! Y de todos estos errores no se puede inferir que los hombres han errado en persuadirse que nacieron para ser felices, sino lo que se deduce es, que muchísimos erraron en el conocimiento y eleccion de la felicidad verdadera.

A este modo, aunque innumerables hombres se hayan engañado, por la ceguedad de sus pasiones, en reconocer por Dios á unos seres que no lo son, no se infiere que hayan errado en la persuacion de que hay Dios; sino que erraron en el conocimiento y en la eleccion del verdadero. Para comprobar este raciocinio te repito las palabras de Ciceron: *No hay nacion tan bárbara y tan inculta, que aunque ignore cual es el Dios que debe adorar, no sepa que ecsiste efectivamente.* Con lo dicho me parece que queda contestado y disuelto tu argumento.